

Comentarios Generales

Sobre la Primera Lectura (Zac 9, 9-10)

El Profeta traza un cuadro muy original del Mesías y de la Obra Mesiánica:

El retrato que nos hace del Mesías no es frecuente en la literatura Profética. Tiene rasgos muy parecidos a los del '*Siervo de Yahvé*' de Is 42 y 45: Llega a la Capital de su Reino, Sión, Salvador. Con su Epifanía hace estallar el júbilo. Trae a todos: Justicia y Salvación. Estas dos palabras sintetizan todos los bienes Mesiánicos. Hasta aquí Zacarías coincide con los demás Profetas. La novedad está en la presentación amable, humilde, asequible de tan gran Rey: '*Viene humilde y montado sobre una asna*'. ¡Manera inusitada de celebrar la entronización del Rey!

La Era Mesiánica que el Rey inaugura con su entronización es la de una paz absoluta y universal: '*Suprimirá los carros de Efraim y los caballos de Jerusalén; el arco de combate será suprimido; y dictará la paz a las naciones. Y su imperio se extenderá de mar a mar y del río hasta los confines de la tierra*'. Este idilio Mesiánico lo han cantado y prometido todos los Profetas.

Los Evangelistas, con el cuidado que tienen de presentarnos a Jesús como el Mesías en quien se cumplen todas las profecías, nos cuentan muy al pormenor el cumplimiento de la presente en la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos. Cuando ya no había peligro de que pudiera ser interpretado y tergiversado el sentido Redentor de su Mesianismo, cuando faltan breves días para ser entronizado en la Cruz, Jesús, el Rey humilde y manso, el Rey de la paz, el Rey Salvador, entra en la Capital del Reino montado en el jumentillo (Mt 21, 1-11; Mc 11, 1-11; Lc 19, 29-38).

Sobre la segunda Lectura (Rom 8, 9. 11-13)

San Pablo nos declara las riquezas espirituales de que gozamos por la fe en Cristo. Con esto entendemos qué nos prometían los Profetas al llamar al Mesías Rey de la Paz y Salvador:

Por nuestra inserción en Cristo recibimos el Espíritu Santo. Espíritu que nos inhabita. En virtud de este Espíritu somos hijos de Dios y poseemos la vida de Dios. El dinamismo de esta vida ha de llegar hasta la resurrección de nuestro cuerpo. Hemos de morir y pagar nuestro tributo de pecadores; pero hemos de resucitar y la vida de Cristo glorificado ha de empaparnos en alma y cuerpo. El Espíritu de Cristo que nos inhabita llevará su obra vivificante hasta resucitar nuestros cuerpos gloriosos con la gloria del de Cristo.- Otra riqueza de nuestra inserción en Cristo es que, por la participación que El nos hace de su Espíritu, nosotros somos hijos y herederos de Dios, herederos con el Hijo: '*Quia filios, quos longe peccati crimen abstulerat, per sanguinem Filii tui Spiritusque virtute, in unum ad te denuo congregare voluisti: ut plebs, de unitate Trinitatis adunata, in tuae laudem sapientiae multiformis Cristi corpus*

templumque Spiritus nosceretur Ecclesia' (Pref per ann 8).

De parte de Dios la dádiva está ya hecha y plenamente garantizada. Sólo queda un riesgo. Nosotros podemos rechazar esta dádiva y hacernos indignos de gozarla. Los habrá que preferirán la vida de la carne a la vida del Espíritu. Vivir según la carne es no sólo dar rienda suelta a los apetitos sensuales, sino también afianzarse en una autosuficiencia y autonomía de orgullo y de egoísmo. Con esto, como Adán, elegimos la muerte y rechazamos la vida. Con todo, después que el Redentor ha expiado el pecado de Adán y con su Muerte nos ha devuelto la vida, reincidir en la torpeza del orgullo de Adán es más imperdonable: *'Las apetencias de la carne acaban en muerte; mas los deseos del Espíritu son vida y paz'*. Por tanto, a una mayor inserción en Cristo, a un grado más intenso de fe y de amor, corresponde mayor riqueza de vida divina y de paz. Unión mística con Cristo, íntima y progresiva, que nos hace concrucificados con El, partícipes ahora de su Cruz, con derecho a serio de su gloria: *'Oh Sacrum convivium-in quo Christus sumitur-Mens impletur gratia-et futurae gloriae nobis pignus datur'*.

Sobre el Evangelio (Mt 11, 25-30)

Para poder poseer estas riquezas Mesiánicas, Mateo dirá para poseer el secreto de Cristo, precisa en nosotros una disposición de humildad, docilidad, disponibilidad:

San Mateo nos guarda estas preciosas palabras en las que el mismo Jesús nos habla del misterio de su Persona: Misterio inefable e incomprensible. Sólo el Padre le conoce perfectamente. Se trata, por tanto, de una Filiación divina, propia, ontológica. Jesús es único en esta relación: Padre-Hijo. Único en gozarla y único en conocerla.

Misterio al que sólo están abiertos los humildes. El orgullo será siempre el mayor obstáculo para aceptar la Sabiduría de Dios y entrar en el Reino.

Misterio de amor infinitamente amable. El Hijo es el Amor Infinito del Padre que se nos revela y se nos acerca. Enviado a nosotros por el Padre, nos amará el Hijo con un amor al que no podremos resistir. Desde la Encarnación tenemos un Corazón que nos ofrece el amor y la benignidad de Dios en latidos humanos: el Corazón benigno y humilde de Jesús que a todos nos llama para que en El encontremos cobijo y calor, paz y gozo, gracia y salvación (28-30). Jesús es el Maestro dulce, humilde, amable. Es el Rey que nos trae paz y salvación (Zac. 9, 9). La trae porque El es la Paz (Ef. 2, 14). El es Reposo y Sábado pleno (cf. Heb 4, 6, 11). Pero sólo los pobres y humildes, los cansados y abatidos, los que se reconocen pecadores y enfermos son capaces de acogerle, de reconocerle, de creer y esperar en El.

Y no pesa su yugo: su ley; pues no lo llevamos solos, sino él en nosotros (Gál. 2, 20).

En este florilegio de 'loguions' de Jesús quedan acentuadas tres disposiciones

que deben adquirir y cultivar todos los seguidores del Maestro:

a) Humildad (v 25): Sólo los humildes reciben luz y gracia del Padre para conocer a Cristo y serle fieles.

b) Confianza (v 28): *'Venid a mí cuantos andáis fatigados y cuantos sufrís.'* El Corazón de Cristo se abre a todos y llama a todos.

c) Docilidad (v 29): *'Tomad y cargad mi yugo. Sed dóciles discípulos míos. Y hallaréis el reposo para vuestras almas.'* He ahí un hermoso y gozoso programa cristiano.

*Aviso: El material que presentamos está tomado de José Ma. Solé Roma (O.M.F.), *"Ministros de la Palabra"*, ciclo "A", Herder, Barcelona 1979.